

cierta indolencia que experimentaba para este acto, me impedía verificarlo, aunque algunas veces me lo proponía.

Ahora sí cierro mi carta porque te habrá cansado mi lectura.

Adios.

XXXV

San Francisco, Enero 9 de 1868.

MARIA QUERIDA:

Tienes muchísima razón en reprovar mi olvido en haberte hablado acerca del estado que guardan en S. Francisco, los mexicanos y mexicanas residentes en la ciudad, habiéndomelo encargado varias veces; pero para suplir esa falta, necesito hechar una mirada retrospec-

tiva al primer día de mi llegada porque en él me encontré á Fernando que me dió detalles exactos sobre la conducta que observan aquí nuestros compatriotas y las extravagancias de algunas familias y otras personas ayankadas. 1.

Pero permíteme, amiga mía, que te repita, aunque en otra forma, algunos incidentes del momento de mi desembarque que se me quedaron en el tintero en la primera carta que recibistes de esta ciudad, porque necesito hacerlo así para el cumplimiento de mi relación.

Efectivamente, atrasó el vapor y todo el mundo se precipitó al puente provisional como una avalancha, por el que á la vez se lanzaban al encuentro de los pasajeros mil impertinentes cocheros, criados de hotel que le meten á uno en la cara tarjetas de aviso y no pocos individuos de ambos sexos, que

1. Esta misma conducta seguian observando hace tres años que volví á San Francisco.

viene al encuentro de los parientes ó amigos.

El bullicio crecía por momentos: el *howdo yondo?* se hacia oír de muchas bocas: *the Metropolitan Hotel is hhe best por yon*, es ofrecido por un robusto irlandés de barba de fuego; el *je seis charmé de vous voir bien portant*, se oye repetidamente. Por otro lado sueña el idioma italiano, bien saludando ú ofreciendo una *magnífica locanda*, ó el robusto español en boca de un mexicano que ofrece un carro más cómodo que el de los americanos y más barato; muchos saludos en mal castellano, que se quiere parecer al inglés, pormulado por algunas *ladies* que pocos años há estaban sobre el metate, en Sonora ó Mazatlan, haciendo tortillas y hoy alardean con el sombrero, *su puff* como las americanas.....finalmente, ruido de voces, de equipajes que se descargan, de carros que llegan y que todo junto forma una Babel que taladra los oídos, añadiendo el episodio repugnante de alguna vieja, que, para hacerse lugar,

viene metiendo los codos descarnados ó su enorme pié que posa toscamente sobre el de uno, que le hace ver las estrellas à medio día.

Por fin, despues de algunos empellones, me desembaracé de la turba que me oprimia, que me ascediaba y, cuando mi equipaje sufrió las pesquisas inquisitoriales de los empleados del resguardo que suspendieron cuando yo les dije que era artista, pues en efecto aman el arte y tal vez por esto me consideraron, tomé un coche que me condujo al hotel "*Lick House*."

Despues que me sacudí un poco el polvo, salí à recorrer las calles y en ellas noté, entre la heterógena poblacion que transitaba, algunos mexicanos de ambos sexos, adoptando ya el traje y algo del carácter norte-americano.

Mas adelante me encontré à Fernando que, al verme, se lanzó à mis brazos y yo lo recibí en ellos con la mayor eficacia, porque hacia algun tiempo que no lo veia y por ese placer que se

experimenta de encontrar à un compatriota y à un amigo en el extranjero.

—¡Gutierrez! exclamó mi amigo: cuanto tiempo hace no nos vémos!

—Sí, Fernando, contesté con efusion, es demasiado tiempo, y tú, segun veo, te has hecho ya un americano completo y...

—¡Quiá! me interrumpió alegremente, en lo menos que pienso es en esto. ¿Qué quieres? Cuando uno va à otro país tiene que adaptarse à las costumbres, aunque involuntariamente.

—Es cierto, y la prueba de esto es, que esta mañana en el muelle me encontré à algunas paisanitas, de esas que nos sirven en México de costureras, recamareras ó cocineras, hechas unas ladies....

—Ja, ja, ja, ya; no me hables de esas americanas de nuevo cuño.

—Porqué? le pregunté admirado.
—¿Cómo porqué? por que esas ciudadanas han tomado tan à pecho las costumbres de aquí y el idioma, que se desdennan de hablar español, y quisie-

ran hasta borrarse la facha, que indica á leguas su nacionalidad; pero vaya, estas pasan todavía.....

—¿Cómo pasan? interrumpí á Fernando, esto no puede ser soportable, que una gente emigre de su país.....

—Déjame concluir, me interrumpió; repito que esas pobres mexicanas pueden pasar con estas extravagancias porque al fin es gente ignorante, que no sabe donde tiene la cara; pero lo que son ciertos mozalvetes, riza ó cólera te daría ver como se empeñan en parecer americanos ó porque han nacido ó se han criado en California; estos entes, en una reunion, con la mayor prosopopeya, espetan trescientos disparates en inglés ó en mal español, porque hasta eso, aun cuando posean medianamente este idioma, procuran tomar un acento extranjero, fingiendo que les cuesta trabajo expresarse y, cuando se trata de México, hablan de él con sarcasmo, criticando todo lo que le pertenece, ridiculizando.....

—No acabes Fernando interrumpí

yo mohino. Qué cuidado se le da á nuestra patria con que esos estúpidos la deturpan y se desdenen de haber procedido de ella? No por eso será menos grande.

—Ciertamente, contestó Fernando, esos incestos son demasiado microscópicos para que á México se le dé cuidado perderlos.

—Ya lo creo! Pero mira ¿ves aquellas mexicanas elegantes que vienen ahí?

—Ah sí!

—¿Quiénes son? pregunté.

—Son las hijas de un D. Cosme Guerra de Sonora muy rico y que ha venido á gastar su capital á San Francisco; hace tres años que llegó aquí.

—Por supuesto, que esas chicas hablarán ya el inglés muy bien?

—Toma! me contestó Fernando, si no hablan de otro modo; casi se les olvidó ya el español.

—¿Cómo así?

—Lo que oyes: la madre misma es tan vana, que se alegrá de que sus hi-

jas hablen solamente inglés; porque dice que el español es tan prosaico! y que le da vergüenza que crean que sus hijas son mexicanas....

—¿Y no se avergüenza de gastar sus pesos, que tambien son mexicanos?

—¡Oh! esa es otra cosa y.... Te contaré tambien lo que pasa con algunas mexicanas menguadas: cuando una de estas habla con americanos, ¡qué capaz que manifestara su nacionalidad si se llega á hablar de este asunto! nada; en el acto dice que es española, y mas si es un poco relamida.

—Sí, puede ser, añadí, porque he oido decir en México, que los americanos, cuando ven un mexicano ó mexicana un poco claros de color dicen: «Caballero español ó señora española» y si estos son prietos ó subidos de tueste, al momento dicen: *mexicanos* y, seguramente esos mexicanos estúpidos, de que tu me hablas, corroboran este error en los americanos en lugar de sacarlos de él, vindicando á la poblacion mexicana, que una buena parte por cierto,

es tal vez mas hermosa que la americana.

—¡Y bien que sí! me contestó Fernando con entusiasmo y añadió:

En algunos de los Estados tenemos mugeres bellisimas que, á la verdad, no las cambio por ninguna de otra nacionalidad.

—Y en lo del noviazgo ¿cómo se manejan aquí nuestras paisanas ya que son tan afectas á imitar a los yankees?

—Tambien han entrado en la moda de casarse dos y tres veces; aunque las que lo han verificado, ha sido una que otra.

En lo que sí siguen á las americanas es, en acompañarse en la calle de su novio, especialmente las costureritas, cuando van y vienen del almacén ó modistería donde trabajan. Hace poco tiempo ocurrió aquí una escena que ha dado en que decir.

Figurate, Gutierrez, que una de esas jovencitas salia á la calle hilvanada de su novio ó querido: reconvino la madre y protestó contra la libertad que se to-

maba la hija; pero al oír esto la jóven, se paró de pié firme y exclamó:

—"Sepa vd. mamá, que tengo ya diez y ocho años, estoy en el país de la civilizacion y el pabellon americano me protege, así es, que soy libre y haré lo que me dé la gana."

Al oír esto la pobre madre, se echó à llorar y la muchacha se fué de su lado para ir à vivir con el mancebo.

—¡Qué pronto se civilizan aquí las gentes!

—¡Tanto! contestó Fernando, que en muchas cosas son aun mas exageradas que los americanos..... son hasta anexionistas.

—Sí? de qué manera?

— De la misma que los americanos: desean que México pone á su dominio para que se civilice, porque todos los mexicanos somos segun ellas, una re-
cua de salvages; pero no creas que estas ideas las viertan solamente las pollitas decentes, no señor, tambien las maritornes, y ja, ja, ja, á propósito de estas, ¿creerás Gutierrez que estas gentes son

tan extravagantes y odian tanto el idioma español, que ya, no solamente con los americanos, si no hasta entre ellos mismos no hablan otra cosa sino dizque inglés?.... pero que inglés! En lugar de decir: fulana, anda á la tienda, dicen: "anda á la *groceria*; *you go á la marqueta*;" en lugar de anda á la plaza ó mercado. "Trae mi vestido color de *brown*," en vez de café: "yo quiero una *cup coffee*," taza de café y así otras cosas por el estilo, que ponen altamente en ridículo á estas gentes maniáticas.

—Mira, Fernando, de estas no me causa extrañeza porque al fin no tienen educacion; pero que algunas familias decentes y bien educadas que vienen de la frontera incurran en tonterías, como las que refieres y caigan tambien en esas ridiculeces, no lo comprendo y, casi estoy por dudarlo, perdóname.

—¿De veras lo dudas? exclamó mi amigo sorprendido; pues para que no sea así y te cerciores por tus propios ojos, esta noche te voy á llevar á la ca-

sa de C***, un rico de Sinaloa y veras maravillas, prepárate.

En efecto, me separé á poco de Fernando, que iba á un negocio; yo seguí andando calles; me fuí á comer y á arreglar para la visita.

Serian las ocho y cuarto, cuando se presentó mi amigo en el hotel para conducirme.

En el camino me fué imponiendo de varias particularidades de la familia y, cuando hubimos llegado á la casa, tiró Fernando de la campanilla y un chino se presentó á abrirnos la puerta.

Nos introdujo á la sala; salió la señora de C*** y á poco fueron saliendo una á una tres muchachas, á las que fuí presentado alternativamente. A poco llegaron otras visitas americanas y se estableció la tertulia en toda forma.

—¿Usted viene de México,? me preguntó la mayor de las jóvenes, mientras que las otras dos hermanas armaban su algarabía en inglés con las americanas.

—Sí, señorita, contesté, he llegado esta mañana en el vapor.....

—¡Ah! sí, el que entró de Panamá.

—Cabalmente.

—Y no habla vd. inglés?

—Comprendo solamente una que otra palabra..... y vd. hablará perfectamente.

—Sí; porque figure vd. que no hablo de otra manera aquí, y el español, alguna que otra vez solo con papá, porque, lo que es mamá, no quiere que lo hablemos,

—Lo comprenderá ella muy bien.

—No mucho; pero prefiere el inglés al español.

—¡Qué bestia será la tal mamá! digo yo en mis adentros, y á usted ¿cuál le agrada mas?

—¡A mí? pues tambien el inglés porque es mas bonito.

—¿Cree vd? le pregunté sarcásticamente.

—¡Oh! sí, exclamó la muchacha con convicción, porque casi todas nuestras relaciones son americanas y nuestras